

# La Vida Sobrenatural

## SUMARIO

PÁGS.

### SECCIÓN DOCTRINAL

- MENENDEZ-REIGADÁ. — Santo Tomás y San Juan de la Cruz. . . . . 161  
OSENDE. — Sobre las grandes aspiraciones a la santidad. . . . . 170  
ROJO. — La ascesis cristiana. . . . . 177  
NÉGRATE. — La fe causa de vida sobrenatural. . . . . 185  
ESPINOSA. — El perdón (poesía). . . . . 198

### ECOS LITÚRGICOS

- EHEVARRÍA. — Consideraciones eucarísticas. . . . . 199  
LEONARDO M.<sup>a</sup> RUIZ. — A propósito de la jornada del dolor  
por las misiones. . . . . 205  
Favores del P. Arintero. . . . . 214  
MARÍA DE ARCOS. — Clamor de una coja feliz (poesía). . . . . 217

### EJEMPLARES DE VIDA SOBRENATURAL

- SÁNCHEZ. — Ismael Molinero Novillo, el Miliciano Santo. . . . . 218

### TEXTOS

#### Antiguos.

- San Bernardo: Del estado de la Iglesia y de qué elementos  
se compone; y de cómo por medio de la vida activa abra-  
zada por la obediencia, se llega a la contemplativa. . . . . 231

#### De actualidad.

- El Centenario de San Juan de la Cruz. . . . . 232

### BIBLIOGRAFÍA

- FR. A. ROYO MARÍN. — Semblanza de San Juan de la Cruz. . . . . 234  
FR. A. PINTO. — Antología de Fr. Juan de los Angeles. . . . . 235  
FR. ALBERTO RIERA. — Nociones fundamentales de Mística. . . . . 235  
FR. A. G. BARAGAÑO. — Origen sobrenatural de los Ejerci-  
cios de San Ignacio. . . . . 236  
    El don de sí. . . . . 237  
Índice del Tomo XLIII. . . . . 238

EDITORIAL FIDES

(Apartado núm. 17)

SALAMANCA

# La Vida Sobrenatural

REVISTA MENSUAL, FUNDADA EN 1921 POR EL  
M. R. P. Mtro. Fr. Juan G. Arintero, O. P.

DIRECTOR: R. P. Mtro. FR. SABINO M. LOZANO, O. P.

Revista de lengua española que exclusivamente se dedica a estudios de Mística, tanto especulativa como práctica; su objeto es enseñar a las almas los caminos de la santidad, los secretos de la unión con Dios, la expansión plena y el florecimiento normal de la vida cristiana en todas sus manifestaciones. Para lograr este objeto cuenta con valiosa colaboración de los principales escritores místicos de distintas Ordenes religiosas (Dominicos, Jesuítas, Franciscanos, Carmelitas, Benedictinos, Agustinos, Hijos del C. de María, Redentoristas, Pasionistas, etc.) lo mismo que del clero secular y de algunos seglares. Es para todas las almas que aspiren a la perfección de la vida cristiana, tanto las consagradas a Dios en el estado religioso o eclesiástico, como aquellas que, en medio del mundo, desean ser fieles a las promesas del bautismo, y muy particularmente para los directores, pues aquí se atiende principalmente a lo sustancial de la vida espiritual, relegando a un segundo lugar lo que se refiere a prácticas concretas y devociones particulares.

Así se procura hermanar el fondo teológico de la sana doctrina, con la cual se formen las inteligencias en la verdad cristiana, con la unción afectiva, que aliente y mueva la voluntad para caminar por los senderos del bien, y todo ello en forma accesible a la generalidad de las almas sencillas que de veras buscan a Dios.

## DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Editorial Fides.—Apart.º 17.—Salamanca.

## PRECIO DE LA SUSCRIPCIÓN

España un año. . . ptas. 6,00	Número suelto. . . ptas. 1,75
Extranjero un año . . . 8,00	Año atrasado. . . . . 9,00

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN: *Salamanca*, Apart. 17.—*Bilbao*, Vicaría de la Encarnación (Achuri).—*Madrid*, Claudio Coello, 114.—*Valencia*, Apart. 145 (Adm. de «Rosas y Espinas»).—*Santiago de Chile*, Recoleta Dominicana.—*Manila*, Convento de Santo Domingo.

Las suscripciones serán por año completo.

## PAGO ADELANTADO

y, a ser posible, para evitar confusiones y contrariedades, *directamente a esta Editorial por giro postal*, y avisando.

**Póngase siempre el giro en nombre del suscriptor como va en la faja.**

## Ejemplares de vida sobrenatural

### Ismael Molinero Novillo, el Miliciano Santo.

(† 1938)

Lector carísimo, ni mi pluma, ni mi *loca* tienen parte alguna en las páginas que te ofrezco. Sólo me cabe el honor, no menguado, de presentártelas. Contienen ellas la historia resumida de los últimos días, que no de los primeros, de un valeroso y heroico muchacho de la A. C. Ismael Molinero, secretario del Centro de A. C. del Tomelloso, Ciudad Real, España. Héroe anónimo, como tantos otros inmolado en el altar del sacrificio, víctima grata a los ojos de Dios en los días horrorosos de la guerra.

Y te ofrezco estos hechos, sin comentario alguno, tal como llegaron a mis manos en unas cuartillas, muy borrosas ya, escritas a lápiz por el Capellán Militar del Campo de Concentración, que asistió a Ismael en sus últimos momentos. ¿Que cómo dí con este hallazgo?

*Una palabra de introducción.*—Era una mañana de marzo, mes y medio después de haber sido derrotadas las fuerzas rojas de Barcelona. Acababa de bendecir los crucifijos que iban a ser nuevamente colocados en las aulas del Colegio, que, en la Rambla de Cataluña, esquina Diagonal, tienen las MM. Teresianas de D. Enrique de Osó. Después

de la arenga que hube de hacer a las alumnas, una de las mayores me preguntó que dónde podría hablarme. Por la tarde acudí al Seminario y allí me contó minuciosamente como conoció y trató a Ismael; entregándome a la postre unos apuntes del Capellán del Hospital y otros suyos, junto con dos cartas, que Ismael escribió a sus padres en el lecho de muerte, rogándome que quisiera ordenar aquellos papeles, dar forma a aquellos ejemplos y publicar una pequeña biografía del héroe, para estímulo y aliciente de la juventud de A. C.

A fe que me ilusionó la idea y prometí poner manos a la obra, con tal que pudiese adquirir otros datos imprescindibles de su niñez, padres, Asesor del Centro, ya martirizado, etc. etc. ¡Era tan halagador, después de tres años de ministerio entre los rojos, dar rienda suelta a la pluma y mezclar en la narración, junto con los de Ismael, centenares de casos prodigiosos, de aquella juventud y de aquellos perseguidos cristianos..!

Pero el hombre propone y Dios dispone. La obediencia me lanzó al Océano y dió conmigo en Tucumán, donde las dificultades del momento han roto el hilo de la comunicación con la Madre Patria y también el de mis planes.

Hoy, impulsado por la admiración y el cariño que me merecen los muchachos de la A. C. A., para quienes en la persona de los de aquí de Tucumán, guardo siempre las expansiones más íntimas de mi corazón de sacerdote, me he decidido a limpiar el polvo de los añejos papeles, a cambio del valor que puedan prestar a nuestros Jóvenes así como de consuelo a los Sres. Asesores.

Y hecha esta breve introducción, comienzo a descifrar las borrosas cuartillas del referido Capellán, cuyo texto es como sigue:

«Allá, donde la fama escriba con pluma de oro el nombre de sus elegidos, hemos de grabar el de un rojo con corazón y alma blancos: Ismael Molinero Novillo. Era un santo, ha sido un mártir. Cuando llegue la hora de biografarlo, cono-

ceremos al niño santo, al joven ejemplar, al *miliciano* resignado, al prisionero sufrido, al hombre mártir en el amplio sentido de la palabra. Ahora, como recuerdo y para ejemplo de los jóvenes católicos, contemplemos la flor sin deshojarla; ya nos deparará Dios ocasión de abrir el búcaro de su santa vida y gloriosa muerte, para recrear al mundo con sus más delicadas esencias. Era un joven ejemplar, sencillo, humilde, abnegado, piadoso, con gran espíritu de mortificación. No me atrevo a dar patentes de santidad, porque exceden mis alcances; pero creo poder decir que andaba por los caminos de los santos. Y si es cierto que no conozco haya tenido estupendas revelaciones, no obren en su poder ruidosos milagros, he de deciros que, ante mis ojos, el mayor que un santo puede hacer es mantener la brújula orientada en todo momento a sus ideas y el arco tirante sin doblar en el cumplimiento del deber. Resucitar muertos, hacer prodigios, es exclusivo de Dios; pero vivir siempre en la brecha, arma al brazo, pisando agudas espinas y sonriendo, cuando el corazón sangra, es obra muy meritoria de la naturaleza, aunque ayudada de la gracia. Este milagro pertenece a nuestro joven Ismael. Cuando, cuantos lo conocimos y tratamos, demos a la publicidad los rasgos que presenciamos, el mundo a voz en grito clamará: era un santo».

*La primera entrevista.*—«En el campo de concentración de San Juan de Mozarrifar (Zaragoza), tuve ocasión de conocer a esta humilde violeta transplantada ya a los jardines del cielo. Me encontraba en uno de los pabellones, hablando a los muchachos, cuando un sanitario me llamó urgentemente para que asistiese a un prisionero gravísimo, que acababa de ingresar en la enfermería. Se sentía morir y quería reconciliarse con su Dios. ¿Habéis contemplado detenidamente la imagen de San Luis? Fue la primera que vino a mi mente, después de ver a aquel muchacho».

—Mire, padre, voy a morir y quiero confesarme, si a usted no le molesto.

—Hijo mío, estoy a tu disposición en absoluto; prepárate

para que lo hagas bien y me avisas cuando te creas dispuesto.

Abrió sus hermosos ojos, me miró dulcemente y musitó estas palabras:

—Estoy preparado; pero habrá de tener mucha caridad. Estoy muy mal.

Una hora aproximadamente duró su confesión. El sigilo sacramental no deja correr mi pluma. Me he de limitar a narrar la conversación habida después de su confesión.

—¡Qué feliz me siento, padre mío! Hábleme de sufrimientos, de tribulaciones y de cruces, porque son mi sueño dorado y fueron realidad viva en mí, principalmente desde que empezó la guerra. ¡Qué bien comprendo ahora, padre, las palabras que tantas veces nos repetía nuestro Asesor de la J. C.: «Hijos míos, decía, sabed que los bienes inmensos de Dios no caben sino en corazones vacíos y solitarios». Y ¡qué solitario está el mío... Ni padres, ni amigos, ni honores, ni riquezas, ni consuelo humano alguno, ni siquiera el de ser considerado soldado de Franco. No obstante soy feliz.

Como le augurara un futuro halagüeño, si Dios quería salvarle, se incorporó en el lecho, miró al crucifijo que presidía el local, apuntó con el dedo y me dijo:

—No quiero nada con el mundo. Seré totalmente de Dios: si muero, en el cielo, y si no muero... quiero ser sacerdote.

—Tú deliras, pequeño, interrumpí.

—¿Tampoco tendré la satisfacción de que usted me crea? Sí, señor; quiero ser sacerdote y de los buenos, de los que sirven a Dios de balde; ni mercenario, ni asalariado. Quiero vivir absorbido en El, perdido en la inmensidad de El y a El totalmente entregado. Ni egoísmo, ni dinero; ni comodidades, ni familia, ni honores. ¡Sólo Cristo!

El cerró los ojos, no para dormir, sino para meditar; y los abrí para llorar emocionado...

¿Acaso ignoras que ser sacerdote es vivir crucificado en todo momento?

—¡Ah! ya. Pero, dígame. Aunque no se vea su trabajo,

aunque no aparezca el fruto, aunque se critique su actuación, ¿lo hace por Dios?

—Claro que sí.

—Entonces todo está bien.

Yo, sacerdote, con varios años de ministerio, quedé admirado y avergonzado del espíritu de aquel joven, muy superior al mío.

—Mañana, cuando comulgue, consumaré la obra de desprendimiento, que hace días empecé y no he podido terminar. En Cristo dejaré mis caprichos, mis gustos, las exigencias de mi flaca naturaleza.

—¿Hace mucho que estás con nosotros?

—Aquí en San Gregorio dos meses y medio.

—¡Oh, dos meses y medio! ¿Por qué no te diste a conocer a mí y te hubiera favorecido dentro de la disciplina que lleva consigo el régimen penitenciario, y te hubiera traído lo necesario, te hubiera sacado a mi habitación algún rato, y sobre todo, te hubiera consolado? ¿Acaso ignoras que entre tantos miles me es imposible conocer todas las necesidades particulares? o ¿acaso no me has visto nunca?

—Sí, padre, le he visto. Entraba usted en nuestra celda con mucha frecuencia, le escuchaba con muchísimo gusto, y cuando marchaba le besaba la sotana, sin que usted ni mis compañeros se enterasen. Poco me hubiera costado mejorar mi situación, hablando a usted; y alguna vez tuve el propósito que, gracias a Dios, rechacé, como una tentación, puesto que así hubiera perdido la preciosa ocasión de sufrir en silencio por Dios y por España. Hoy cuento a usted todas estas cosas, porque voy a morir y ya nada puede hacer en mi favor... Me encuentro fatigado, ya continuaremos hablando después.

*Ambición de martirio.*—Oh padre, ¡cuántos hombres viven sumidos en la lóbrega oscuridad del pecado, atados con las cadenas del vicio, porque no tienen una mano amiga que les saque de tan funesto estado! ¡Cuántos se lanzan al arroyo que hubieran sido santos, si en su camino hubieran

encontrado otros santos! .. La Providencia fué pródiga conmigo. Aunque educado cristianamente, me hubiera perdido sin remedio. Mi carácter fogoso, mi espíritu agitado y violento me empujaba con fuerza irresistible hacia los placeres del mundo, en los que me habría revolcado, si otro joven de mi pueblo, santo, no se hubiese puesto a mi lado para ejercer conmigo la tutela del ángel. Fué la primera célula de la Juventud Católica de mi pueblo. El nos buscó, él empezó a formarnos, él nos enseñó a conocer el valor del sacrificio, él, en fin, nos preparó para el martirio. Y si todos no derramamos la sangre por Cristo, fué porque El no quiso concedernos esta gracia tan grande. Todos la ofrecimos generosamente, ni uno huyó, y los que murieron lo hicieron valientemente. Yo le pedía al Señor me diera fortaleza para beber el cáliz del martirio; pero... la fruta no estaba madura para entrar tan pronto en el cielo; no ceñí la corona, ni empuñé la palma y esto fué para mí más duro que el mismo martirio.

¡Cómo me explicaba después el contenido de aquellos celebérrimos versos de Santa Teresa, que terminan con el hermoso estribillo: «que muero, porque no muero!»

—También murió nuestro santo Asesor, animando a los jóvenes. Pocos días antes nos decía: «La tempestad ha roto el dique de la disciplina social, el león de la revolución rugge, porque faltan manos santas que atusen sus melenas. Hay sobrado materialismo en nuestra época, porque faltan santos. Hay que prepararse a morir como el Maestro; nuestra sangre no será infructuosa».

Después pude comprobar en el ejército rojo y en las trincheras el desconocimiento horrible de la religión en las masas, la falta de fe, el odio a Cristo. ¡Oh trincheras rojas con qué horror os recordo!... Ya le hablaré de esto, cuando haya descansado un poquito... ¡Qué cerca tuve la palma! ¡qué martirio para mí no haber sido mártir! Se hizo la voluntad de Dios, bendito sea.

*El escapulario del Carmen.*—No comprendo haya un

buen español que no tenga devoción tiernísima a la Santísima Virgen; ni devoto de María, nacido en España, que no sea un enamorado de su Patria. España y María Virgen, nombres bellos, tiernos, delicados, simpáticos; ambos equivalen al dulcísimo nombre de *Madre*. Ismael que era enamorado de su patria, quería con delirio a la Virgen. Ismael que tenía afecto filial a María, sentía horriblemente las desgracias de su patria. Por ello me rogaba con insistencia que le hablara de España y de la Sma. Virgen.

—¡La Sma. Virgen del Pilar! ¡Dos meses en la España de Franco, en la España de la Virgen sin besar el Santo Pilar! Es horrible. Hábleme del Pilar, ya que no puedo ir yo; visítale en mi nombre... Padre, como recuerdo de estas cosas que me ha dicho, querría que me diese un escapulario de la Virgen Sma. del Pilar.

A falta del escapulario del Pilar y de escapularios pequeños del Carmen, le puse uno de tamaño grande, que no habría dado a nadie por nada del mundo: era un recuerdo de mi santa madre, que llevaba siempre conmigo. Le puse sobre su pecho y me lo agradeció con un tierno y cálido beso.

He visto muchos que ostentan sobre sus pechos medallas y condecoraciones, caballeros mutilados, caballeros de España, etc., y los contemplo con cariño, por que todos ellos aportaron grandes sacrificios por la salvación de la Patria. En Ismael no ví medallas, ni condecoraciones, ni cruces, y conste que las tenía. ¿Cuáles eran sus cruces? Semejantes a las del Crucificado. Llagas en todo su cuerpo, carencia de todo, privación de consuelo humano. Y aseguro que los condecorados por la Patria no llevan con tanto gusto las cruces externas como Ismael llevaba las suyas interiores. La emoción anudaba su garganta. ¡Qué pena, me decía, no poder ser soldado del Caudillo! Dios lo quiere, bendito sea. Serviré a España en el anónimo, ofreceré a Dios todas las molestias de mi enfermedad y lo penoso de mi sacrificio. Quise el martirio y al fin lo he conseguido. No el derramamiento de sangre por la fe; pero sí el abandono,

el lento sufrir, la angustia de morir como rojo, la ausencia de mi santa madre y... ¡todo con gran fel... Limpié sus lágrimas, estampé un beso en su frente de ángel y me retiré.

*Una carta de recomendación.*—Nueva llamada con urgencia. Ismael va a ser evacuado al Hospital, porque el médico del Campo prevee un fatal desenlace. Me causa honda impresión este acuerdo del médico, porque se había despertado entre los dos un intenso y espiritual amor. ¡Era la primera flor que encontraba entre tantas espinas!... ¡qué poco dura lo bueno! La tristeza y la alegría luchaban por adueñarse de mi corazón. Me dolía su separación; me alegraba su traslado a un Hospital, porque sería mejor atendido, tendría más luz, mejor alimentación, médicos con más medios, monjitas con blancas tocas y manos de ángeles, enfermeras abnegadas y llenas de caridad, y acepté gustoso el sacrificio de nuestra separación, porque él sería mejor atendido. No quise despedirme sin antes escribir rápidamente y a lápiz una carta de recomendación.

Al día siguiente pregunté al médico a que hospital había sido evacuado. Como prisionero que es, me dijo, debió ir a la facultad; pero como es una enfermedad contagiosa, quizá haya ido a infecciosos y probablemente a Torrero, porque su estado es gravísimo. Lo encomendé a Dios y no pensé ya en localizarlo. No merecía yo contemplar las tiernas y delicadas escenas a que dió lugar en el hospital, y el Señor quiso privarme de ellas. ¿Qué hizo de mi carta?

Estas son, lector pacientísimo, las impresiones que el capellán militar escribió a vuela pluma, para complacer a la joven enfermera, que le descubrió en el hospital y fué testigo de sus últimos instantes. ¿Qué vió, qué descubrió el joven sacerdote en aquel muchacho moribundo? Lo han dicho bien claro sus mismas palabras; pero es, quizá, más elocuente la página que aquella noche escribió en su diario. Copiada literalmente dice así:

«El día 18 (del III del 38), al hacer mi visita ordinaria a

la enfermería, observé en uno de los enfermos una sublime actitud y como un nimbo de santidad. Me acerqué a él con respeto y cariño, haciéndole las preguntas de ritual, para entrar en conversación. ¿Cómo te llamas? ¿qué tienes? ¿cuánto tiempo hace que estás en este campo? ¿qué deseas?...

Hizo confesión general de su vida y después hablamos un buen rato. Como yo le reprendiese amorosamente, por no haberse dado a conocer antes, me respondió con sublime naturalidad:—Padre, hace mucho tiempo que estoy aquí. Cuando usted entraba a visitarnos, sentía una emoción grandísima, y cuando usted salía, me entristecía muchísimo; pero yo quería sufrir por Dios y por España, y comprendía que, si usted me conocía, me quitaría esta ocasión o por lo menos mitigaría mi dolor. Ahora que me siento grave y usted nada puede (hacer por mí), ya no importa.

Salí emocionado, para dejarle descansar, y cuando volví lo encontré mirando al crucifijo, que presidía la enfermería. Suavemente volvió su cabeza, para fijar su vista en mí, al tiempo que sonreía y sus labios repetían muchas veces: «Padre, soy de Dios y para Dios; si muero lo seré totalmente en el cielo, y si no muero, quiero ser sacerdote».

—¿Qué dices Ismael?

—Padre, no deliro. ¡Qué felicidad siento! ¿Es posible este consuelo que Dios me da? ¿Qué será el cielo, si aquí me siento tan feliz?

Le impuse el escapulario, y cuando yo más disfrutaba, se presenta una ambulancia y lo evacúan. Muy de prisa y a lápiz escribo unas líneas de recomendación para el hospital. Salí y ya no puedo localizarle. El médico me dice que su vida es breve. Lo encomiendo a Dios.

Tuvo frases de agradecimiento para los suyos, más que por haberle engendrado, por haberle dado educación cristiana. También elogiaba al Sr. Cura Asesor de su juventud y de un modo especial a un joven que le hizo mucho bien espiritual. Envidiaba a todos los jóvenes de A. C. que habían sido mártires.

Cuando mi celo tropieza con corazones duros y desagra-

decidos, traslado mis recuerdos a la enfermería de este Campo y a aquella fecha del 18 de marzo y me parece ver la figura de aquel ángel, que sólo sabía sonreír, y que me dice: Padre, adelante; yo le bendigo. Estoy en el cielo.

¿Habrá muerto? ¿Vive todavía? Sólo su nombre recuerdo: Ismael; sólo sus virtudes tengo presentes. Mi comentario en casa de mi patrona en ese día, fué una sola palabra: me cambiaría por uno que va a morir. 22-III 38.

¿Habrá muerto? ¿Qué hizo Ismael de la carta de recomendación? No la entregó ni al Capellán del hospital, ni a las Hermanas, porque hablaban bien de él y se pedían para sí ciertas consideraciones, que no se dispensaban a todos los rojos. El sacrificio estaba hecho y quiso consumarlo hasta el fin. Víctima por Dios y por España. ¡Ser considerado y malamente atendido como prisionero marxista, sin recordar su condición de secretario de la A. C. de Tomelloso!

De los apuntes hechos por la señorita enfermera, a que hice alusión más arriba, entresaco los párrafos siguientes:

«Estando prestando mis servicios de enfermera en un hospital de prisioneros, con fecha 19 de marzo de 1938, al entrar en la sala 17, llamó mi atención un enfermo, recién ingresado, que ocupaba la cama número 2. Pasé toda la mañana ocupándome de los demás enfermos; como él no pedía nada, no me acerqué a su cama. Por la tarde seguía lo mismo y pronto pude observar que apenas hablaba con sus compañeros. Extrañada de tan misterioso silencio me preguntaba a mí misma: ¿será uno de tantos rojos, que no están contentos de estar a nuestro lado? Por otra parte, aquel semblante tan dulce y aquella mirada de bondad, que expresaba la inocencia de su alma, no dejaban suponer que pudiese ser cómplice de tantos crímenes, ni que sus manos estuviesen manchadas de sangre. ¿Sería bueno? Y ¿por qué no lo decía? Así transcurrieron dos días limitándome tan sólo a saludarle al entrar...»

Vinieron a verle dos chicos de su pueblo. Después de la

visita les llamé para informarme. Me dijeron que no sólo era bueno, sino de los mejores del pueblo, y que desde hacía tiempo desempeñaba el cargo de secretario de la J. C. de Tomelloso... Un poco impresionada por lo que acababa de oír, me acerqué a su cama y con voz cariñosa le pregunté cómo seguía. Como puede ver, me contestó, me encuentro bastante mal y sólo siento morir sin volver a ver a mis padres.

Ahora no piense más que en ponerse bien, le dije, y no le entristezca la idea de estar como prisionero; para mí ya no será un prisionero de tantos y en mí más que enfermera encontrará usted una hermana, pues, aunque usted no me lo dice, sé que pertenece a la J. C. a la que yo también pertenezco, y como miembro de ella, es mi deber hacer por usted cuanto pueda. Al decirle ésto, corren dos lágrimas por sus mejillas, toma mi mano para besarla y dice: «Es la primera palabra de cariño que oigo desde que salí de mi casa, pues durante mi estancia en la España roja, no oí más que insultos; y lo que más me apenaba era no oír el nombre de Dios, si no era para maldecirle...»

Antes de que se vaya, me dijo luego, quiero pedirle un favor. El día de San José tenía grandes deseos de comulgar—no se olvide que fué evacuado del Campo el día 18 por la tarde—y no sé por qué no me quisieron dar la comunión.

(Como casi todos los prisioneros tenían muy poca o casi ninguna formación religiosa, primero se les había de preparar y sólo cuando el Capellán lo permitía se les daba la sagrada comunión).

El Señor, añadía él, me quiere privar de este consuelo para mí tan grande. ¡Tengo tantos deseos...!

Después de prometerle que hablaría con el Capellán... me fui a casa impresionada y edificada. No creí encontrar un alma tan buena entre aquella gente! Qué fe; qué resignación, qué amor tan grande a Jesús!

Al día siguiente mi primera visita fué para él.

—¡Qué contento estoy! dijo. Es el día más feliz de mi vida. Después de tanto tiempo he tenido la dicha de recibir

a Jesús. No es nada lo que he sufrido en comparación con la alegría que hoy invade mi alma...

Vi que su estado era grave y procuré verme con el médico de la sala, para que hiciera los posibles por salvar a aquella vida que tanto prometía en el campo de la juventud...

El también se da cuenta de que su vida es breve y me pide papel, pues quería escribir el último adiós a sus padres, que allá en la otra España le llorarían como muerto. Con mucha dificultad, pues casi no podía sostener el lápiz en la mano, escribe la siguiente carta:

A mi queridísima mamá y papá, como demás hermanos: En este momento en que les escribo estas cuatro letras, estoy en mal estado, y, al encontrarme en este estado, les escribo estas letras para darles el último adiós; pues espero que, cuando las reciban, seguramente estaré ya en el cielo, pidiendo por todos vosotros. Por mí no paséis pena, pues aunque tú, mamá, no estuviste a mi lado, encontré una madre que me cuidó con los mayores cuidados que mi enfermedad pedía. No me abandonó ni un momento... hizo para mí las veces de la más tierna madrecita y por ella os envío mi último adiós. Adiós a todos los chicos, Antonio, Ana; a los tíos y demás primos; a Félix y Francisca, Miguel, Pedro y demás. Adiós a todos. Tú no tengas pena, que he muerto como tú me enseñaste. Recibí todos los Sacramentos. Hasta el cielo que allí os espero a todos, adiós. Recibid este último abrazo del que os quiere y no os olvida, Ismael.

Ya que no tengo la dicha de tener aquí a mi madre, dígame jaculatorias y no me deje hasta que haya muerto...

Estuve con él desde las 5 de la tarde hasta las 11 de la noche. Cuando ya aquel corazón parece que dejaba de latir, abre los ojos, y con una mirada de gratitud, con una sonrisa en sus labios moribundos y entrecortadas palabras, me dice: «Hasta el cielo y no sufra por mí, que soy muy dichoso...» Para todos pasó inadvertida aquella emocionante escena...

Le puse una inyección de cardiazol y con ella reaccionó... Como ya está mejor, le dije, le dejo y mañana vendré

temprano. Me apretó con efusión la mano, como despidiéndose, diciendo: «Que el Señor la premie todo cuanto por mí hace. Y si no la vuelvo a ver, ya pediré por usted, pues quizá cuando vuelva, ya habré muerto».

Aún lo encontró vivo a la mañana siguiente, aunque muy acabado; aún pudo varias horas oír, entre estertores, los desahogos de aquel corazón, que iba dejando de latir. Frases hermosísimas, que quizá en mejor ocasión vean la luz pública.

Eso es lo que sé de Ismael Molinero Novillo, por los apuntes del Capellán y de la enfermera, que tuvieron la dicha de descubrirle poco antes de morir. Otros detalles que verbalmente me dieron alargarían esta historia más de la cuenta y prometí no hacer comentario alguno. Sólo quiero decirte, para terminar, que por una circunstancia inexplicable, Ismael no fué sepultado en la hoya común de los prisioneros y sí en una particular, donde a la sombra de una sencilla y tosca cruz de madera, descansan en paz sus restos. Su sepulcro es un inmenso florero; pues los muchachos y las jóvenes de A. C. lo recuerdan con especial predilección.

¡Cuántos otros casos como el de este muchacho! Me lo recordaba una tarde oscura de invierno del año 37 el joven Asesor de los jóvenes de Madrid, escondido en el tercer piso de una cierta casa.

Me preguntaba, decía, nuestro Sr. Obispo por carta desde la zona de Franco, qué hacen los jóvenes católicos en estos momentos tan decisivos. ¡Qué han de hacer! añadía con cierta jubilosa tristeza. Están cosechando, están recogiendo su fruto. Sembramos en ellos a Jesucristo, Jesús es calvario, cruz y muerte: Jesús es resurrección. Pues he aquí lo que hacen, lo que ya han hecho centenares de nuestros muchachos. Morir crucificados, apuñalados, para resucitar por el martirio con Jesucristo y ser eternamente la juventud católica del Maestro.

**Clemente Sánchez, Pbro.**

Operario Diocesano.

Tucumán (Argentina).